

Cuba y la noche

Las dos patrias poéticas de José Martí

Odette Alonso Yodú

*A la memoria de mi padre,
quien tanto admiró a Martí*

“Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche” escribió José Martí en el poema “Dos patrias”, escrito en Nueva York como parte de sus *Versos libres*, cuando la preparación de la *guerra necesaria* que debería conseguir finalmente la independencia de Cuba se había convertido en el objetivo hacia el cual estaban canalizadas todas sus energías vitales. Cuba y la noche fueron dos motivos recurrentes que le acompañaron durante toda su vida y que gravitan alrededor de su obra poética como dos islas enlazadas.

En carta del 1 de abril de 1895 dirigida a su amigo Gonzalo de Quesada Aróstegui, considerada como su testamento literario, Martí había dispuesto: “Versos míos, no publique ninguno antes del *Ismaelillo*. ninguno vale un ápice. Los de después, al fin, ya son unos y sinceros” (José Martí, “Epistolario” en *Obras completas*, volumen 20, primera reimpression, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1992, p. 477). Sin embargo, su voluntad no fue respetada ni por Gonzalo de Quesada ni por ninguno de sus editores posteriores, lo cual ha facilitado a los estudiosos una visión más completa de su evolución poética. Esa desobediencia nos

permitirá analizar hoy la presencia de Cuba y la noche desde sus primeros poemas hasta esos versos “unos y sinceros” que culminaron su labor poética.

A punto de salir en expedición libertaria hacia el oriente de Cuba, en esa misma carta Martí dice a Gonzalo de Quesada: “De Cuba ¿qué no habré escrito?: y ni una página me parece digna de ella: sólo lo que vamos a hacer me parece digno” (*Op. cit.*, p. 478). Repasaremos, a continuación, cómo esa obsesión de no respaldar su pensamiento y su palabra con la acción persiguió a Martí durante toda su vida, incluso hasta el mismo momento de su muerte.

SUS PRIMEROS POEMAS

Hijo de padres españoles, el viernes 28 de enero de 1853 nació en La Habana, Cuba, José Julián Martí y Pérez, el que se convertiría sólo unos años más tarde en el más legendario prócer de la nación cubana.

Las primeras letras las aprendió en una sencilla escuela de barrio y a los nueve años ingresó en el Colegio San Anaclero. Sin em-

bargo, de fundamental importancia sería, sin duda, haber estudiado en el Colegio San Pablo del ilustre pedagogo y poeta cubano Rafael María de Mendive quien, habiendo terminado Martí sus estudios básicos, solicitó al director del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, al cual se hallaba incorporado el Colegio San Pablo, se le permitiera “premiar de alguna manera su notable aplicación y buena conducta” costeando los estudios del muchacho hasta que obtuviera el grado de bachiller. Es precisamente entonces cuando la vida de Martí se ligará definitivamente con la historia de su país.

No había cumplido José Martí los diecisiete años cuando escribió “¡10 de octubre!”, su primer poema de tema patriótico, un soneto que fue publicado en *El Siboney*, un periódico manuscrito que se circulaba entre los alumnos del Colegio San Pablo. La fecha del título se refiere al inicio de la primera guerra de independencia del pueblo cubano contra las autoridades españolas, conocida en la historia de Cuba como la Guerra de los Diez Años por el tiempo que duraron las hostilidades.

“¡10 de octubre!” es un poema optimista, laudatorio. Aquí algunos fragmentos:

No es un sueño, es verdad: grito de guerra
Lanza el cubano pueblo, enfurecido;
El pueblo que tres siglos ha sufrido
Cuando de negro la opresión encierra.
...
Gracias a Dios que al fin con entereza
Rompe Cuba el dogal que la oprimía
Y altiva y libre yergue su cabeza.

(José Martí, *Poesía completa. Edición crítica*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, p. 277; en adelante *PC*)

Además de ser su primer poema de aliento patriótico, aparece también por primera vez una de las constantes de su obra: el uso de oscuridad o negrura para referir no sólo la noche como momento del día, sino la opresión del tirano, la injuria de su pueblo. Están ya en este primer poema Cuba y la noche, la noche que se cierne como un velo de esclavitud y de ignominia sobre la isla.

Como menciono líneas arriba, la vida del joven Martí iba sufrir un vuelco inusitado. En 1869 el clima político en la isla era de gran revuelo. En la provincia de Oriente, el alzamiento en contra del gobierno español había cobrado fuerza y ya tenía toda la connotación de una guerra. En la capital, aunque siempre lejana a los campos de batalla,

las inquietudes revolucionarias fluían en todos los sentidos, sobre todo entre la juventud, y se producían constantes altercados entre representantes de las fuerzas contendientes.

El Colegio San Pablo no era la excepción. Los jóvenes estudiantes expresaban su solidaridad o rechazo con la lucha libertaria dividiéndose en bandos según sus inquietudes políticas. Como muestra, ya hemos escuchado el tono del soneto publicado por Martí en *El Siboney*. Pero, además, el 19 de enero de 1869 Martí publica sus primeros artículos dedicados a la causa cubana en *El Diablo Cojuelo*, periódico que editaba su condiscípulo y amigo Fermín Valdés Domínguez, y días más tarde, el 23 de enero de ese mismo año, ve la luz el único número del periódico *La Patria Libre*, editado por el propio Martí, en el cual aparece su poema dramático “Abdala”. De esta pieza teatral son los famosos versos que dicen:

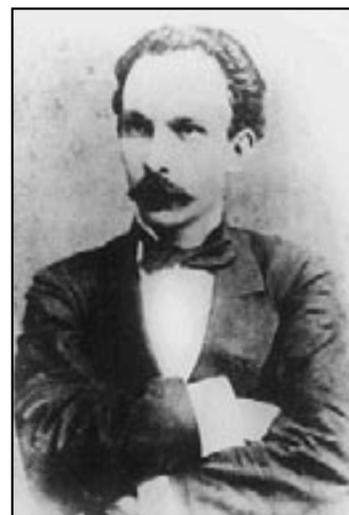
El amor, madre, a la patria
No es el amor ridículo a la tierra
Ni a las hierbas que pisan nuestras plantas.
Es el odio invencible a quien la oprime
Es el rencor eterno a quien la ataca.

A pesar de que los acontecimientos de la obra estaban situados en una hipotética nación africana, era más que obvio el mensaje transmitido.

En medio de esta efervescencia política, su maestro Mendive es apresado como consecuencia de los sucesos revolucionarios acontecidos en el habanero Teatro Villanueva y, más tarde, deportado a España y el Colegio San Pablo es cerrado, por lo que Martí se ve obligado a trabajar durante varios meses en el escritorio de Cristóbal Madán, un buen amigo de Mendive.

El 4 de octubre de 1869 un absurdo incidente provoca que las autoridades españolas irrumpen en la casa de Fermín Valdés Domínguez, acusándolo de que él y sus amigos (entre los que se encontraba Martí) se habían burlado de ellos al pasar por la calle. Lamentablemente, en este registro encuentran una carta firmada por ambos muchachos, dirigida a su condiscípulo Carlos de Castro y de Castro, al cual reprochan su apostasía a la causa cubana por haberse alistado como oficial español. Ese papel fue suficiente para que ambos jóvenes fueran detenidos, acusados de infidencia y juzgados en consejo de guerra y, finalmente, sentenciados a prisión: seis meses de arresto, Fermín; dos años de cárcel Martí, que insistió en asumir toda la responsabilidad de la redacción de la carta.

El 21 de octubre de 1869, a los diecisiete años, ingresa Martí al presidio y en abril del año siguiente es trasladado a las canteras de La Habana donde deberá realizar trabajos forzados. Hay una famosa foto de la época



en que el muchacho aparece con las raídas ropas de la cárcel y un grillete atado a su tobillo. La foto, fechada el 28 de agosto de 1870 y enviada a su madre, tiene la siguiente dedicatoria:

Mírame, madre, y por tu amor no llores:
Si esclavo de mi edad y mis doctrinas,
Tu mártir corazón llené de espinas,
Piensa que nacen entre espinas flores.

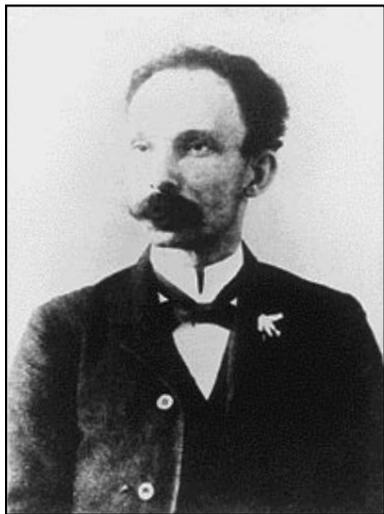
(PC, p. 283)

La misma foto es enviada a su amigo Fermín que, a la sazón, ya se encontraba libre, con la siguiente dedicatoria:

Hermano de dolor, —no mires nunca
En mí al esclavo que cobarde llora;—
Ve la imagen robusta de mi alma
Y la página bella de mi historia.

(PC, p. 283)

Llamo la atención sobre dos frases, referidas ambas a la esclavitud pero en distinto sentido. Martí le dice a su madre que es esclavo de su edad y sus doctrinas; sin embargo le pide a Fermín Valdés Domínguez que nunca vea en él al esclavo que cobarde llora. Se declara ya esclavo de la patria porque ve en ella un fin superior, digno, por encima de la vulgaridad de una esclavitud marcada por la falta de libertad que emparenta con la debilidad y la ignominia.



No parece un niño de diecisiete años el que escribe con tal seguridad. Por si fuera poco, en unos versos fechados el 4 de abril de 1870, el mismo día en que fue trasladado a las canteras de San Lázaro, ya había escrito:

... Voy a una casa inmensa en que me han
[dicho

Que es la vida expirar.

La patria allí me lleva. Por la patria,

Morir es gozar más.

(PC, p. 282)

Ya estaba planteado, pues, su martirologio. Al menos en su alma, esa que robustece dedicándose a la patria en una esclavitud gozosa. Tal vez en el instinto, en ese halo premonitorio que debe hacer saber a los grandes hombres para el sacrificio a que están destinados.

De esa misma época es el poema que comienza con el verso "Venid! venir; —mi sangre bullidora". En el cuaderno de notas en que fue escrito aparecen tres lugares y tres fechas: colegio, noviembre de 1868;



Campanario del antiguo convento de San Francisco de Asís en Trinidad, Cuba

cárcel, marzo de 1879; Madrid, octubre de 1871, lo cual indica que el texto, que fue coetáneo de aquel soneto entusiasta que celebraba el grito de independencia del 10 de octubre de 1868, fue trabajado durante todos esos años. Con razón no hay en este poema el espíritu esperanzado de “¡10 de octubre!”. El poema original ha de haber ido incorporando, poco a poco, con el sufrimiento y el dolor primero de la injuria y de la cárcel y luego de la deportación y del exilio, el tono de arenga desgarrada que quedó en la versión final, terminada ya en Madrid.

“Venid! venir; —mi sangre bullidora” es un poema muy similar al soneto “¡10 de octubre!”, pero con un estilo más depurado y un tono fogoso y beligerante. También desencantado. Brilla la patria o sufre en cada verso del poema. Mencionada explícitamente en once ocasiones, evocada a través de símbolos que la refieren en otras incontables veces. El poema es una arenga hacia quienes no se incorporan a la gloria de los mam-bises. Es duro el tono en que Martí se refiere a los tibios, a los que permanecen al margen con inalterable tranquilidad, como si la patria no le reclamase también su esfuerzo decidido:

En el cielo de América anchuroso
Cubre el crespón la estrella de la patria.
¿Y habrá quien ya no luche?
¿Y habrá quien otra voz que la doliente
Del pueblo esclavo y mancillado escuche?
¿Y habrá quien torpe sienta
Saltar su corazón entre cadenas
Y busque sólo en el mezquino llanto
Alivio infame a las comunes penas?

¡Despierta, oh pueblo mísero y cobarde!
¡La frente altiva que en polvo hundiste
Lauros arranque a la memoria triste!
...
Si un torrente de llanto nos infama
Una gota de sangre nos redime!
Empuñe el hierro y el acero blanda
Quien en menguada ociosidad se enerva...
(PC, p. 292)

Y reaparece en este poema la figura de la noche simbolizando la falta de libertad del



La torre de Iznaga en Trinidad, Cuba

pueblo cubano en dos frases contrapuestas. En la primera dice:

Cadáver ya la patria parecía
En cuyos labios cárdenos la muerte
Su sed de sangre férvida clamaba,
Sobre el que pavorosa se cernía
La noche de la infamia... (PC, p. 293)

En la segunda, que aparece en la misma estrofa, tras hacer una alusión acerca de la derrota del opresor, “la avarienta muerte / En vida exuberante se convierte” y “Claro,

espléndido día / De aquella tenebrosa noche queda”. Claro, como el espléndido día que deja la victoria, queda también que para Martí la noche era la esclavitud y la opresión que vivía el pueblo cubano.

EL PRIMER DESTIERRO

O la que él acunaba en su pecho triste de deportado, porque casi todos los poemas de esa etapa son de una triste oscuridad, de un desgarramiento terrible. Recuerden que



La basílica del Cobre cerca de Santiago de Cuba

en 1871 Martí tenía sólo dieciocho años y estaba solo en España. Supongo que tal vez reforzaba en sí mismo la idea de la patria como causa sagrada para sacar fuerzas del dolor y del descrédito que a esa temprana edad pueden significar la cárcel y el exilio. Ambas circunstancias se dignifican en el alma del poeta y en la memoria del pueblo cubano a través de los siglos posteriores, como una entrega apasionada y total a la causa patriótica por encima de cualquier otra motivación. Sólo los poemas dedicados a su madre (verdaderamente muy pocos) tuvieron similar devoción.

O sea que, al parecer, dos noches se cierren sobre el Martí de la etapa española: la noche patriótica de la opresión y la noche anímica de su tristeza personal. Esa dicotomía de dolor-deber halla un planteamiento más o menos explícito en el poema "Noche. En la tierra dormida". Su primera estrofa plantea:

Noche. En la tierra dormida
Y en el alma combatida
Y en el ser, y en el dolor.
Noche, sombra, y en la frente
Claridad de lava ardiente
Que me quema el corazón. (PC, p. 304)

Por su parte, en el poema que comienza con el verso "Mi madre, —el débil resplandor te baña", fechado el 30 de diciembre de 1871, o sea en su primer fin de año en otra tierra, hay un fragmento que pudiera dar explicación, si alguien la necesitara, a esa noche anímica del exilio:

No trinan como allá los pajarillos,
Ni aroman como allá las flores frescas,
Ni escucho aquel cantar de los sencillos
Cubanos y felices labradores;
Ni hay aquel cielo azul que me enamora,
Ni verdor en los árboles, ni brisa,
Ni nada del Edén que mi alma llora
...
Aquí no hay más que pavoroso duelo
En todo aquello que en mi patria ríe
Negruscas nubes en el pardo cielo
Y en todas partes el eterno hielo
Sin un rayo de sol con que te envíe

La expresión inefable de mi anhelo...
(PC, p. 298)

Desgarrado, Martí insiste en la sustentación poética de una concepción de la vida como sufrimiento y llega al extremo de alabar a la muerte en varios de los poemas de esta etapa. Por ejemplo, "Las campanas! Su fúnebre sonido", la primera estrofa termina con el verso: "Oigo el convite de la muerte y canto", mientras que en uno de los versos de "Cese, señora, el duelo..." dice, entre signos de admiración: "¡Vivir es padecer! ¡Sufrir es santo!". Por si esto fuera poco, en uno de sus cuadernos de notas de la época apuntó: "El dolor es la única escuela que produce hombres. ¡Dichoso aquel que es desgraciado!" (José Martí, "Cuadernos de apuntes 1", en *Obras completas* volumen 21, primera reimpression, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1992, p.17).

Tal vez la pieza poética más deslumbrante de esta etapa sea "A mis hermanos muertos el 27 de noviembre". En él, aunque a ratos parecieran apuntes para una composición mayor, regresa el candente tono patriótico de los primeros poemas analizados aquí. El 27 de noviembre de 1871 se produjo en La Habana uno de los hechos más insólitos y repugnantes de la historia colonial de la Isla. Ocho estudiantes de medicina fueron fusilados ese día acusados por las autoridades de haber profanado la tumba del periodista español Gonzalo Castañón. Los cargos nunca fueron probados; la tumba, al parecer, sólo tenía un rasguño en su cobertura. Involucrado en estos hechos estuvo el gran amigo de Martí, Fermín Valdés Domínguez, que fue condenado a seis años de prisión. Indultado al año siguiente, se reunió con Martí en España y debe haberle relatado los hechos terribles del 27 de noviembre y del proceso judicial previo.

En el poema, que fuera publicado en Madrid en 1873 como parte del libro de Valdés Domínguez *Los Voluntarios de La Habana en el acontecimiento de los estudiantes de medicina, por uno de ellos condenado a seis años de presidio*, Martí narra la anécdota de cómo se enteró de la nefasta noticia mientras convalecía en cama de una serie de

operaciones que tuvo que recibir debido a un sarcocele producido por las cadenas del presidio. Así describe la escena:

En lecho ajeno y en extraña tierra
La fiebre y el delirio devoraban
Mi cuerpo, si vencido, no cansado,
Y de la patria gloria enamorado.
El brazo de un hermano recibía
Mi férvida cabeza,
Y era un eterno e inacabable día
De sombras y letargos y tristeza!
(PC, p. 310)

Nuevamente la patria y las sombras se encuentran en el mismo lecho de dolor, aun cuando el día fuera eterno e inacabable.

Lo interesante del poema es que, en una especie de delirio o ensoñación alegórica, Martí jura venganza a sus hermanos muertos, y fue tal su juramento que, según sus propias palabras, "...Si Dios puede morir, nuevo surgiera / Al soplo arrebatado de su aliento" (PC, p. 312). Sin embargo, unas estrofas más adelante se le aparecen los estudiantes asesinados el 27 de noviembre y, en un gesto muy cristiano, claman perdón para sus asesinos. Escuchen la escena:

Ellos son! Ellos son! Ellos me dicen
Que mi furor colérico suspenda,
Y me enseñan sus pechos traspasados,
Y sus heridas con amor bendicen,
Y sus cuerpos estrechan abrazados!
Y favor por los déspotas imploran!
(PC, p.315)

Y entonces Martí, fiel a su idea redentora de la muerte, pide: "¡Oh!, gloria, infausta suerte: / Si eso inmenso es morir, dadme la muerte!" (PC, p. 315). Y hace ver en el resto del poema, dirigiéndose directamente al déspota tirano, que "...Cuando se muere / En brazos de la patria agradecida / La muerte acaba, la prisión se rompe; / Empieza, al fin, con el morir la vida!" (PC, p. 316) e insiste en cómo, contrariamente a lo que se persigue con las muertes de los patriotas, ese cadáver "...Que murió con un himno en la garganta / (...) en brazos de la gloria se levanta" (PC, p. 316).



Interior del Museo Romántico de Trinidad, Cuba

Martí permaneció en España hasta 1875, viviendo entre Madrid y Zaragoza, tomando clases de derecho y literatura en varias universidades, colaborando en varios periódicos y desplegando una activa vida política. En 1874 obtuvo el título de bachiller, se licenció en Derecho Civil y Canónico y, meses más tarde, también se licenció en Filosofía y Letras.

MÉXICO Y GUATEMALA

En febrero de 1875 llega a México después de un larguísimo viaje en barco, y se reúne con su familia en la Ciudad de México. La etapa mexicana de Martí fue, en el aspecto poético, un periodo de consolidación y despegue. Tiene la suerte de poder colaborar sistemáticamente en la *Revista Universal*

otras publicaciones y eso —la posibilidad de ser leído— al escritor le resulta vivificante. Los versos de la época exhiben el típico sentimiento trágico de los poetas románticos y están dedicados a la hermana muerta, a la enamorada ida, a la orfandad, a la miseria, a la justicia social. En muchos casos son largos relatos en verso que cuentan las glorias o las desdichas de personajes de la vida urba-



na de México. Son, generalmente, poemas que rondan la temática amorosa, con cierta candidez y mucho de automortificación.

Sin embargo, hay dos poemas que llaman la atención por el retorno al tema patriótico: “Patria y mujer”, fechado en noviembre de 1875, y “A Rosario Acuña”, con fecha de agosto de 1876. En el primero, “Patria y mujer” desdeña el amor de las mujeres

ante el amor superior que debe a la patria. La primera estrofa es clara: “Otra vez en mi vida el importuno / Suspiro del amor, cual si cupiera / Triste la patria, pensamiento alguno / Que al patrio suelo en lágrimas no fuera” (PC, pp. 396-397). E insiste: “Podrá encender tu beso mi mejilla / Pero lejos de aquí mi alma me espera” (PC, p. 397). Y añade: “No habla de amor mi corazón que late: /



Mecedora de rejilla del siglo XIX

Cuando en mi corazón hay un latido / Es que me anuncia que en algún combate / Un héroe de la patria ha perecido” (PC, p. 399).

“A Rosario Acuña”, por su parte, es dedicado a una poetisa que había sido laureada en Madrid. Al parecer Martí creía que era cubana, aunque no son claros los datos acerca de su nacionalidad. Creyéndola cubana, Martí le reprocha fuertemente —demasiado, diría yo— aceptar galardones otorgados en España. Pero de ese poema me interesa resaltar una estrofa que viene a complementar la que ya habíamos mencionado hace un rato en el poema a su madre donde hablaba de las cosas que extrañaba de su patria. En éste plantea su visión del exilio:

No hay gloria, no hay pasión; el mismo cielo,
La libertad espléndida es mentira
Si se la goza en extranjero suelo,
Y con aire prestado
Y llanto avergonzado,
Huésped se llora, y siervo se respira!

(PC, p. 407)

A principios de enero de 1877 Martí se va a La Habana clandestinamente, con el nombre de Julián Pérez y regresa a finales de febrero. El padre de Fermín Valdés Domínguez le había entregado cartas de recomendación dirigidas al presidente de Guatemala, Justo Rufino Barrios, y a



Interior de una pensión típica en Trinidad, Cuba

otras personalidades de ese país centroamericano. Gracias a ellas, Martí es nombrado catedrático de la Normal Central de Guatemala. Es por esos tiempos que conoce a María García Granados, hija de un general y ex presidente guatemalteco, y se enamora de ella. Este romance es la fuente del conocido poema IX de los *Versos sencillos*, identificado como “La niña de Guatemala”:

...Ella dio al desmemoriado
Una almohadilla de olor:
Él volvió, volvió casado:
Ella se murió de amor. (PC, p. 240)

Y así fue exactamente, porque a mediados de diciembre de 1877 Martí regresó a México y contrajo nupcias con la cubana Carmen Zayas Bazán, de quien ya había dicho un año antes, en un poema publicado en mayo de 1876 en *El Eco de Ambos Mundos*.

Es tan bella mi Carmen, es tan bella,
Que si el cielo la atmósfera vacía
Dejase de su luz, dice una estrella
Que en el alma de Carmen la hallaría.

Y se acerca lo humano a lo divino
Con semejanza tal cuando me besa
Que en brazos de un espacio me reclino
Que en los confines de otro mundo cesa.
(PC, p. 404)

Poema de sutiles alusiones sexuales cuyo análisis dejaremos para otra ocasión, ocupados como estamos en la pasión patriótica de José Martí quien, acompañado por su esposa Carmen, regresó a Guatemala en enero de 1878 para, entre otras cosas, romper el corazón de María García Granados, quien murió meses más tarde, el 10 de mayo de 1878, suceso que refiere el mencionado poema de los *Versos sencillos*. En Guatemala permaneció la pareja hasta finales de julio cuando, después de ciertas desavenencias y contrariedades por haber renunciado Martí a su puesto de catedrático, parten hacia La Habana, donde nace su hijo José Francisco el 22 de noviembre de 1878.

NUEVA YORK: *ISMAELILLO, VERSOS SENCILLOS, VERSOS LIBRES*

En La Habana, Martí desarrolla una ardua, apasionada y visible labor patriótica que provoca su detención en septiembre de 1879 y, acusado de conspiración, es deportado nuevamente a España. Pero no permanece mucho tiempo en Europa: el 3 de enero de 1880 llega a Nueva York que sería, a partir de ese momento, su base de operaciones. Allí, en Nueva York, en 1882 ve la luz su poemario *Ismaelillo*, dedicado a su hijo y que ha sido considerado por muchos críticos y estudiosos el precursor del Modernismo como movimiento literario.

Si bien no hay alusiones directas a la patria o a la causa libertaria en *Ismaelillo*, en el poema “Amor errante” afirma: “Pero voy triste / Porque en los mares / Por nadie puedo / Verter mi sangre” (PC, p. 35), mientras que en el poema “Mi reyecillo” le advierte al hijo:

Mas si amar piensas
El amarillo
Rey de los hombres,
¡Muere conmigo!
¿Vivir impuro?
¡No vivas, hijo! (PC, p. 32)

En esta década, en medio de una ardua labor divulgativa, colaboraciones sistemáticas en publicaciones de varios países de América, constantes viajes y actividad política muy intensa, escribe Martí la mayor parte de sus *Versos libres*, que permanecieron inéditos hasta después de su muerte.

En agosto de 1891, su esposa Carmen Zayas Bazán regresó a Cuba con su hijo José Francisco, debido a la precaria situación económica de la familia y a las divergencias derivadas de la incompreensión de Carmen de la actividad revolucionaria de Martí. El poeta se queda, pues, solo en Nueva York. Pero solo es un decir, a estas alturas ya Martí estaba profundamente involucrado en la preparación de la segunda guerra de independencia de Cuba, viajaba constantemente a pesar de su menguada salud, ha creado el periódico *Patria* y el Partido Revolucionario Cubano entre sus compatriotas emi-

grados que trabajan en las fábricas de tabaco de Tampa y Cayo Hueso, en la Florida, y sostiene reuniones cada vez más frecuentes con los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, los estrategas militares de la anterior guerra y de la que vendría.

Precisamente ese año, 1891, se publican en Nueva York sus *Versos sencillos*, en los que Cuba gravita y se asoma a cada paso. La primera estrofa del primer poema, hartamente conocida dentro de la métrica en lengua española, señalará inmediatamente su asunción de la cubanía: “Yo soy un hombre sincero / de donde crece la palma” (PC, p. 229).

Más adelante, en este mismo poema que es una especie de autorretrato, afirmará:

Yo he puesto la mano osada,
De horror y júbilo yerta,
Sobre la estrella apagada
Que cayó frente a mi puerta.
Oculto en mi pecho bravo
La pena que me lo hierde:
El hijo de un pueblo esclavo
Vive por él, calla, y muere. (PC, p. 231)

El símbolo de la estrella es compartido en los *Versos libres*, pero esa certeza de dedicar su vida a la lucha contra la esclavitud está presente en otros versos de este poemario. En el marcado con el número III dice: “Con los pobres de la tierra / Quiero yo mi suerte echar...” (PC, p. 232). Y en el poema XXX narra la visión de un niño que observa a un esclavo ahorcado. Cuentan que la anécdota es real, que la experimentó Martí en tiempos en que vivían con su padre en Hanábana, en la provincia de Matanzas, en el campo cubano. El final del poema es una sentencia: “Un niño lo dio: tembló / De pasión por los que gimen: / Y, al pie del muerto, juró / Lavar con su vida el crimen!” (PC, p. 255). En ese mismo sentido, en el poema XXXIV dice: “Yo sé de un pesar profundo / Entre las penas sin nombre: / ¡La esclavitud de los hombres / Es la gran pena del mundo!” (PC, p. 257). Y aquí, las dimensiones de su pena trascienden las fronteras de su propia patria para convertirse en un motivo universal, porque a estas alturas ya Martí sabía que la causa de la indepen-

dencia de Cuba formaba parte, irremisiblemente, de las causas comunes de los pueblos de América.

La prevalencia de esta causa por encima de todas las otras preocupaciones o inquietudes de su vida, que ya había manifestado en versos anteriores, como “Patria y mujer”, vuelve a aparecer en los *Versos sencillos*. En el número xxxiv afirma:

¿Penas? ¿quién osa decir
Que tengo yo penas? Luego
Después del rayo y del fuego,
Tendré tiempo de sufrir”
...
Hay montes, y hay que subir
Los montes altos; ¡después
Veremos, alma, quién es
Quién te me ha puesto a sufrir!
(PC, pp. 257-258)

De igual modo, en este mismo sentido, el poema xli relata:

Cuando me llegó el honor
De la tierra generosa,
No pensé en Blanca ni en Rosa
Ni en lo grande del favor.

Pensé en el pobre artillero
Que está en la tumba, callado:
Pensé en mi padre, el soldado:
Pensé en mi padre, el obrero. (PC, p. 261)

La insistencia en el amor a la patria y en la entrega a ella como causa sagrada va más allá de sí mismo. Hay dos poemas en los que extiende esa responsabilidad de padre a hijo. En el poema xxxviii refiere la acción como un relato de terceras personas:

Por la tumba del cortijo
Donde está el padre enterrado,
Pasa el hijo, de soldado
Del invasor: pasa el hijo.

El padre un bravo en la guerra
Envuelto en su pabellón
Álzase: y de un bofetón
Lo tiende, muerto, por tierra. (PC, p. 253)

Sin embargo, el poema xxxi refiere a su propio hijo:

Bien estará en la pintura
El hijo que amo y bendigo:
¡Mejor en la ceja oscura
Cara a cara al enemigo!
...
Vamos, pues, hijo viril:
Vamos los dos: si yo muero,
Me besas: si tú... ¡prefiero
Verte muerto a verte vill! (PC, p. 255)

Y hablando de la muerte, esa predisposición al sacrificio premiado con la gloria, esa esencia crística que le caracterizó, está esbozada en la estrofa del poema xxiv que dice: “Cuando al peso de la cruz / El hombre morir resuelve, / Sale a hacer bien, lo hace, y vuelve / Como de un baño de luz” (PC, p. 252).

El hecho de dejar los llamados *Versos libres* para el final de este ensayo se debe a que considero que es en ellos que está reflejada, en toda su plenitud literaria y humana, la devoción de Martí hacia Cuba y la sensación de oscuridad que la falta de libertad deja caer como una bruma sobre la isla.

Cuando se refirió a ellos en el prólogo de *Versos sencillos*, así los calificó Martí: “... mis encrespados *Versos libres*, mis endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como riachuelo de oro natural, que va entre arena y aguas turbias y raíces, o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como surtidores candentes” (PC, p. 227).

En la introducción al primer cuadernillo de *Versos libres*—el que organizó el propio Martí—, confiesa: “Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al cielo, y al envainarla en el sol se rompe en alas” (PC, p. 59). Y ésa es la verdadera memoria que de Martí ha quedado, la de los *Versos libres*, la

del hombre que a pesar de la intensidad de su vida y de su lucha sin cuartel y de su obsesión por la gloria, es en realidad un hombre solo, enfermo, objeto de la burla y el desdén de otros hombres, sumido en la oscuridad de una ciudad inmensa que lo aplasta y lo confunde, que lo postra en un cuarto de sombras en el que el sol es privilegio breve. La imagen, en definitiva, del poeta romántico que fue en esencia.

Algo de eso se reseña, por ejemplo, en el poema “Hierro”:

Mi mal es rudo: la ciudad lo encona:
Lo alivia el campo inmenso ...
Y las oscuras
Tardes me traen, cual si mi patria fuera
La dilatada sombra. ¡Oh verso amigo:
Muero de soledad, de amor me muero!
(PC, p. 69)

Juntas en estos versos están las dos: la patria y la dilatada sombra, Cuba y la noche arropándolo. Porque no crea usted que éste es el lamento de un poeta enamorado de mujer. No, inmediatamente lo aclara: “No de vulgar amor: estos amores / Envenenan y ofuscan (...) Es de inefable / Amor del que yo muero” (PC, p. 69). Y las causas de esa muerte y de ese amor son descritas magistralmente a continuación:

¡Sólo las flores del paterno prado
Tienen olor! ¡Sólo las seibas patrias
Del sol amparan! Como en vaga nube
Por suelo extraño se anda: las miradas
Injurias nos parecen, y el sol mismo,
Más que en grato calor, enciende en ira!
¡No de voces queridas puebla el eco
Los aires de otras tierras: y no vuelan
Del arbolar espeso entre las ramas
Los pálidos espíritus amados!
De carne viva y profanadas frutas
Viven los hombres, —ay, el proscripto
De sus entrañas propias se alimenta!
¡Tiranos: desterrad a los que alcanzan
El honor de vuestro odio: —ya son muertos!
(PC, p. 70)

Imaginen ustedes el dolor de un hombre que ha vivido amando a su patria lejos

de ella. Porque después de salir intempestivamente, desterrado a los dieciocho años, Martí sólo estuvo en Cuba poco más de un mes en 1877 y un año entre 1878 y 1879 para volver a ser desterrado, en una segunda ocasión. Una y otra vez le era negada su patria, era alejado del amor y del deber por los que vivía. Imaginen un hombre enfermo que, cada noche, después del bregar diario y de los tantos compromisos que se echaba auestas, regresa a casa solo. Es impresionante en sus biografías leer, una y otra vez, las tantas ocasiones en que tenía que consultar a un médico o postergar sus tareas libertarias porque la enfermedad lo postraba un par de días en cama.



Quejarme, no me quejo, que es de lacayos
Quejarse, y de mujeres ...
Pero vivo
Cual si mi ser entero en un agudo
Desgarrador sollozo se exhalara. (PC, p. 90)

Eso dice en "He vivido: me he muerto..." y yo pienso que, verdaderamente, fue su patria quien lo mantuvo vivo. No me cabe duda de que la obsesiva idea de la libertad de Cuba le reservaba fuerzas para seguir adelante. Por Cuba vivió toda su vida, pero Cuba le mantuvo vivo en esos últimos años en Nueva York, mientras viajaba constantemente por toda Latinoamérica ultimando los detalles para el estallido de la *guerra necesaria*. Si requirieran ustedes una prueba de ello, lean lo que dice en su poema "Extranjero":

... que mi patria nunca
Sepa que en soledad muero por ella:
Si me llaman, iré: yo sólo vivo
Porque espero a servirla: así, muriendo,

La sirvo yo mejor que husmeando el modo
De ponerla a los pies del extranjero.
(PC, p. 129)

En "Yugo y estrella", uno de sus poemas memorables, estaba planteada la disyuntiva que marcó su vida. En el relato poético, dos opciones le da su madre al nacer:

Éste, es un yugo: quien lo acepta, goza:
Hace de manso buey, y como presta
Servicio a los señores, duerme en paja
Caliente, y tiene rica y ancha avena.
...
Ésta, que alumbra y mata, es una estrella:
Como que riega luz, los pecadores
Huyen de quien la lleva, y en la vida,
Cual un monstruo de crímenes cargado,
Todo el que lleva luz, se queda solo.
Pero al hombre que al buey sin pena imita
Buey vuelve a ser, y en apagado bruto
La escala universal de nuevo empieza.
El que la estrella sin temor se ciñe,
Como que crea, crece. (PC, p. 84)

Y Martí escogió ambas insignias de la vida. Más bien abrazado por una desde su misma infancia, inapartable ya, abrazó él a la otra con singular firmeza para hallar a través de ella la salvación final:

—Dadme el yugo, oh mi madre, de manera
Que puesto en él de pie, luzca en mi frente
Mejor la estrella que ilumina y mata.
(PC, p. 84)

Cuba era, sin dudas, esa estrella y ese yugo. La luz que derramaba iba marcando el camino en medio de las sombras que dejaba a su paso. Es "Dos patrias", el poema emblemático de esta dicotomía. En él no hay disyuntivas: él está muriendo; ella aparece viuda con un clavel ensangrentado entre las manos. La más grande ilusión de su vida, el único final posible de su crística misión, quedaba profetizado diáfanoamente en estos versos:

Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche.
¿O son una las dos? No bien retira
Su majestad el sol, con largos velos
Y un clavel en la mano, silenciosa
Cuba cual viuda triste me aparece.
¡Yo sé cuál es ese clavel sangriento
Que en la mano le tiembla! Está vacío
Mi pecho, destrozado está y vacío
En donde estaba el corazón. Ya es hora
De empezar a morir. La noche es buena
Para decir adiós. La luz estorba
Y la palabra humana. El universo
Habla mejor que el hombre.
Cual bandera
Que invita a batallar, la llama roja
De la vela flamea. Las ventanas
Abro, ya estrecho en mí. Muda, rompiendo
Las hojas del clavel, como una nube
Que enturbia el cielo, Cuba viuda pasa...
(PC, p. 127)

El resto, la consumación del sueño, sólo sería cuestión de tiempo. El 19 de mayo de 1895, en un lugar conocido como Dos Ríos, en el oriente de Cuba, murió José Martí en un enfrentamiento contra una columna del ejército español. Cuba, viuda, recibió su sangre como la ofrenda del mejor de sus patriotas. ☪